

Universidad Jesuita en América Latina

Luis Ugalde, s.j.

Nosotros tenemos la misión de discernir en la práctica la identidad de la universidad de inspiración cristiana al modo ignaciano con rasgos propios que se adaptan “según los tiempos y los lugares”. ¿Qué significa “Universidad Jesuita” hoy en América Latina y el Caribe? Es una pregunta teórica y práctica que nos venimos haciendo en Ausjal con más intensidad en la última década. Con la brevedad requerida, trataré de presentar algunos elementos de nuestra respuesta.

La mayoría de los países latinoamericanos está celebrando este año el Bicentenario del comienzo de su independencia política de las metrópolis coloniales la cual dio paso a la fundación de las repúblicas. En aquella ruptura prevalecieron intelectualmente las ideas de la Ilustración y de la revolución política liberal; en consecuencia, se acabaron las universidades coloniales católicas y fueron sustituidas por otras creadas por los nuevos estados. Casi todas las universidades de inspiración cristiana actuales (unas 240) fueron creadas durante la segunda mitad del siglo pasado, luego de casi siglo y medio de ausencia. en el marco de la universidad racionalista moderna¹. Actualmente la treintena de universidades, que encarnan la Universidad Jesuita en América Latina, apenas representan un 1% del total de los estudiantes de educación superior en nuestro Continente. Sin embargo, consideramos que sus aportes cualitativos seguirán siendo significativos en la medida en que acentuemos nuestra específica identidad y modo de ser universidad.

A partir de la Ilustración las universidades occidentales nacen como templos de la razón ilustrada y en ellas subyace una antropología deísta e individualista que, en su origen descalifica específicamente el cristianismo y su aporte intelectual. La Ilustración fue una poderosa propuesta de liberación humana que pretendía sustituir el oscurantismo por el iluminismo y el Dios de la cristiandad por la diosa Razón, o el Ser Supremo. La Ilustración

consideraba que las miserias, atrasos y negaciones humanas se superarían como resultado del desarrollo del conocimiento racional, el descubrimiento de las ocultas leyes racionales del universo y del ser humano, así como el pleno respeto de las mismas, sin interferencias externas de la autoridad o de la moral. Si el ser humano es plenamente racional, no tiene sentido el deber ser, o, en todo caso, éste consistiría en ilustrar y eliminar toda interferencia externa a las leyes puestas en el universo por el Gran Ordenador. Esto también es verdad en la dinámica económica, social y política; con el positivismo racionalista en las ciencias sociales, el deber ser es innecesario.

Antropologías divergentes

En este sentido, las universidades modernas se asientan sobre presupuestos antropológicos distintos de la antropología cristiana. Para ser universidad en América Latina había que acomodarse a ese tipo de universidad reductiva, aunque muy necesaria en cuanto a sus saberes instrumentales. La modernidad universitaria ilustrada puso en el banquillo a la fe “oscurantista” y planteó el dilema excluyente entre fe y razón. A medida que avanzara la iluminación de la razón -prometían- se eliminaría el oscurantismo de la fe. Se contraponían ciencia y fe, ciencia y razón.

Otra versión más tardía del racionalismo en Europa caracterizaba a la religión como esencialmente opuesta a la justicia social anhelada por las masas proletarias sometidas a condiciones explotación y miseria inhumana en la primera industrialización. A mediados del siglo XIX Marx, quien creía en las leyes materiales y racionales inherentes a la historia, piensa que ha descubierto una ley según la cual la eliminación de la apropiación privada de los medios de producción traerá el fin de la explotación humana, la abundancia, el paraíso en la tierra y el hombre nuevo sin alienaciones. Con la revolución proletaria se eliminará la propiedad privada de los medios de producción y las fuerzas productivas llevarán a la desaparición de las clases sociales y a la extinción del Estado (por ser éste un instrumento de

dominación de una clase sobre otra), y de la religión (por ser el suspiro en la miseria, el opio del pueblo sufriente y el corazón de un mundo sin corazón). en un mundo con corazón, sin miseria, ni sufrimiento. En consecuencia, afirmaba Marx, la fe y la justicia eran incompatibles².

A ambos retos (cada uno con su visión antropológica) el cristianismo respondió con la afirmación de la fe y razón, fe y justicia. En América Latina en el último medio siglo la Iglesia (y en ella la Compañía de Jesús) respondió a esos retos creando universidades y centros sociales y afirmando que el cristianismo asume la razón, reconoce su legítima autonomía y que la fe cristiana es una fuerza liberadora que impulsa la construcción de sociedades justas.

Pero se trata de una Iglesia a la defensiva, de alguna manera plantada en el banquillo de los acusados. Para ser universidad era casi condición indispensable no sólo aceptar la autonomía de la razón y destacarse en su cultivo, sino en cierto modo excluir del ámbito universitario (o dejar un tanto marginados) otros elementos centrales de la antropología cristiana. En cierto sentido se jugaba en un espacio en que lo religioso era relegado al espacio privado subjetivo de las creencias particulares. En cierta medida, los jesuitas nos vimos obligados a acercarnos a los racionalistas universitarios como si estos fueran pequeños emperadores chinos a los que no les interesaba la fe de Ricci, pero sí sus relojes y saberes astronómicos y matemáticos, con la esperanza de que algún día se interesarían por la sabiduría de la fe. Bajo esas condiciones, desde hace medio siglo asumimos el reto de demostrar que sí éramos universidades de calidad, medida ésta en los términos establecidos por la modernidad científica, y tecnológica y no por la integralidad de la formación humana.

En los centros sociales (y en menor grado también en algunas universidades), la Compañía de Jesús salió a demostrar que la fe cristiana era liberadora y no opresora ni legitimadora de la opresión.

La aceptación de ambos retos llevó a asumir y discernir tanto los aportes del racionalismo liberal, como los del marxismo con sus análisis y propuestas de caminos de liberación. En países crucificados por la miseria, la exclusión y el enfrentamiento político llevado al extremo de guerra civil, como por ejemplo El Salvador, el empeño decidido de ser una universidad al servicio de las mayorías excluidas (fe y razón más fe y justicia), que elabora propuestas nacionales de inclusión y propicia el diálogo para sustituir a las balas, llevó hace 20 años (1989) al brazo militar al servicio de los privilegios y de la exclusión a asesinar a la comunidad de los jesuitas que dirigía la Universidad Simeón Cañas (UCA); el rector Ellacuría, con cinco jesuitas más y dos colaboradoras domésticas.

Promesas y Realidades

La historia es cruel con las corrientes de pensamiento y con las propuestas políticas que irrumpen con pretensiones absolutistas. Con la Revolución Rusa la “ciencia” marxista y tomó el poder y desde el Estado omnipotente destruyó el modelo capitalista para implantar sociedades donde florecería el hombre nuevo, sin Estado y sin religión. Luego de haber establecido el dominio absoluto en vastas extensiones de la humanidad durante muchas décadas, estas sociedades vivieron una estrepitosa implosión, dejando al descubierto las dimensiones inhumanas de su propuesta y los graves errores de su antropología.

Por su parte el racionalismo liberal en la economía, en la política y en la sociedad, demostró más flexibilidad para ajustarse y también capacidad de tolerar y convivir con otras antropologías. Se fue reduciendo a la racionalidad instrumental, mientras que su antropología iluminista se hacía más implícita que proclamada. Ello permitió que desde mediados del siglo XX, en el Occidente capitalista la dinámica económica del mercado y la búsqueda del interés propio se combinaran con el desarrollo de un Estado fuerte con leyes e instituciones ordenadas al bien común y formas de contribución solidaria para encauzar la creatividad económica hacia el bienestar de toda la sociedad. Los capitalistas menos dogmáticos admiten

que la sociedad humana es mucho más que la economía y ésta necesita ser complementada con una visión integral del hombre. No se trata principalmente de una discusión teórica, sino de una realidad de la economía capitalista que vive y alienta diversos tipos de sociedades (EEUU, China, Suecia o Alemania...); en muchas de ellas se desarrollan políticas e instituciones sociales solidarias y combinan con cierto éxito mercado y estado.

Ambigüedad y Discernimiento

Con el tiempo ha quedado en evidencia el inmenso potencial transformador que tiene la humanidad gracias al desarrollo autónomo de su razón, de la ciencia y de la tecnología. Cada ciencia es autónoma en su lógica interna, pero en su uso depende, de las libertades y de las decisiones humanas, de las convicciones, de los fines y en definitiva de los valores que orientan a las personas y a las sociedades.

Así mismo resalta la ambigüedad de la aplicación de la ciencia y de la tecnología y la falsedad antropológica de la creencia en que la razón y la ilustración por sí mismas y de modo unilineal, producen el bien. Por el contrario, su aplicación pasa por la libertad y la responsabilidad humanas. Las dos guerras mundiales en las que se enfrentaron dos monstruosas dictaduras totalitarias (la nazi y la comunista) con pretensiones milenaristas y absolutas, demostraron cómo la ciencia y la tecnología con las modernas organizaciones económicas y políticas pueden utilizarse para dominar y matar, de acuerdo a los intereses propios. Los totalitarismos pretendían dar respuesta al capitalismo liberal y su Gran Depresión de 1929. Ya entonces Pío XI acertadamente denunció los estragos del “capitalismo salvaje” y su “dictadura económica”, si no tiene contrapesos para frenar la ley del más fuerte³.

En el último medio siglo (y ello no parece haber mejorado por el derrumbe del bloque soviético y los cambios en el comunismo chino), a pesar de los impresionantes y positivos adelantos científicos y tecnológicos, hay nuevas amenazas para la humanidad que provienen,

ya no del atraso, sino de los avances mismos de la ciencia, la técnica, la economía y el poder político y económico. El armamentismo, el economicismo y la sofisticada tecnología amenazan la calidad de la vida, alimentan nuevas formas de dominación y de guerra, y por sí mismo no eliminan las enfermedades y el hambre, las guerras ni los rechazos religiosos y culturales entre los pueblos y ponen en grave peligro el hábitat de la humanidad. Si continua y se generaliza el modelo económico consumista y el predominio de intereses particulares contrarios al bien común (sin el cuidado del medio ambiente, de la vida de los desposeídos, de la calidad del hábitat y recursos básicos para las nuevas generaciones), vamos hacia graves problemas; pero no se puede corregir el rumbo sin decisiones éticas(que afectarán a los intereses particulares de los más poderosos e influyentes en las decisiones) obligatorias que crean instituciones y leyes de valor y autoridad internacional, que se sustenten en otro paradigma de la dimensión humana distinto de la razón instrumental.

Ignancianamente diríamos que, para ordenar el uso de la razón y sus instrumentos, es necesario “ordenar los afectos”. El crecimiento de la racionalidad instrumental no elimina la vieja verdad antropológica, común a hombres y mujeres de que “no hago aquello que quiero, sino que hago lo que no quiero” y que soy capaz de querer el bien, pero no de realizarlo^{4b}”.

No basta la racionalidad intrínseca a los medios como la ciencia, la técnica, la economía y el poder político para que estos sean utilizados para fines humanos. Es necesario que la voluntad y la libertad humanas decidan sobre su utilización para fines humanos y para el bien común. Y esta decisión sólo puede tomarse desde una postura ética solidaria y no desde la racionalidad utilitaria.

La capacidad valorativa y la solidaridad con el bien de la humanidad entera (presente y futura) son necesidades públicas que el racionalismo utilitario por sí sólo no es capaz de producir y que no pueden quedar fuera de la Universidad como algo subjetivo y privado. La universidad debe formar para combinar el sentido y las convicciones personales con la misión

pública de afirmar la vida digna para toda la humanidad, la de hoy y la de mañana, y crear instituciones y leyes para ello. El reto de contribuir a “ordenar los afectos” es tan universitario (aunque de diversa manera) como el desarrollo del conocimiento racional, pero está muy ausente de las modernas aulas universitarias y en cierto grado también en nuestras universidades.⁵

Necesidad de la Antropología cristiana y de la Espiritualidad en la Universidad

Para cultivar más expresamente los valores en la Universidad Jesuita debemos partir de un hecho: no es posible que la razón por sí sola produzca un mundo justo, sin presencia actuante de la fe-amor.

Por eso las universidades de inspiración cristiana al modo ignaciano, consideramos que en estos próximos años debemos señalar más explícitamente las deformaciones de las antropologías racionalistas y estatistas y explicitar y comunicar nuestra visión antropológica más integral, para cultivar y formar en la juventud el gusto por el bien compartido y una manera de entender la vida cuya última y suprema realidad es el amor. La antropología cristiana parte de la convicción de que Dios en Jesús se nos da gratuitamente como amor, que define el sentido de la vida y la vocación humana.⁶

La ambigüedad de los instrumentos que desarrolla la razón humana sólo puede ser resuelta con la combinación de los saberes instrumentales con la sabiduría y la libertad de ordenarlos para la vida.

Por tanto es necesario en la Universidad el discernimiento sobre la aplicación de la racionalidad instrumental y sus resultados.

Además Jesús nos enseña - y la experiencia lo demuestra - que para realizarse como persona, hay que salir de sí y encontrarse en el nosotros. Salir de sí que significa dar la vida por el otro, afirmar al otro en sí, establecer con él una relación de gratuidad y no de dominación. Esta dimensión de gratuidad (presente en el reconocimiento y amor al otro),

evidente en el ámbito familiar, se percibe cada vez con más claridad como necesaria para toda convivencia humana. Su ausencia, termina en un “darwinismo social” donde sólo los más fuertes disfrutarán de los adelantos y también de los bienes escasos de la humanidad como serán el agua, ciertos combustibles, la atmósfera pura, la paz y la seguridad... La “opción preferencial por los pobres”, por los hombres y mujeres sin atributos especiales, es un distintivo cristiano y humano, que apunta a la inclusión en el amor radical de Dios, no sólo a los más cercanos y a los que más valoramos y debe ser un rasgo distintivo de nuestras universidades.

Cobra también nueva fuerza la convicción y la experiencia cristiana de que hay que “ordenar los afectos” y los “intereses propios” para ser solidarios y para crear las instituciones (nacionales e internacionales, públicas y privadas) que sirvan a la vida y no simplemente a los intereses de dominio y de ganancia de los más poderosos.

La sabiduría evangélica (tan en el corazón de los Ejercicios Espirituales) nos hace comprender vitalmente que el poder y la riqueza son dioses que dominan el corazón humano y penetran también instituciones y decisiones públicas, a no ser que vivamos el Amor como un Dios más fuerte y absoluto.⁷

Sólo quien como Jesús experimenta el Amor (al Padre y a los hermanos) como única realidad absoluta y definitiva puede liberarse de los otros dioses y convertirlos en instrumentos para dignificar la vida.

Por muy contracorriente que sea, creemos que en la universidad al modo ignaciano deben estar muy presente y actuante esta antropología y espiritualidad (sin imponerlas obligatoriamente), como aporte para superar el vacío actual en la universidad latinoamericana (pues ya no hay vivencia de una antropología ilustrada, ni liberal, ni marxista, sino que prevalece un pragmatismo utilitarista individualista).

Retos y Líneas de Acción en la Universidad Ignaciana en América latina

De ahí se derivan algunos retos y líneas de acción que tenemos en nuestras universidades, hacia los cuales estamos intentando caminar, pero todavía estamos muy lejos de lo necesario. Podrían resumirse así:

1- Cultivar la calidad y el alto nivel en el dominio de la racionalidad instrumental en cada área del conocimiento.

2- Enseñar y aprender a “ordenar los afectos” y a gustar y sentir internamente la solidaridad, el amor, el salir de sí mismo...

3- Comprender y asumir lo público, como ámbito donde la libertad, la responsabilidad social y la solidaridad, construyen espacios e instituciones que miran el bien común de todos los ciudadanos (incluso la ciudadanía mundial).

4- Entender a la universidad como una institución al servicio de la humanización de la sociedad global y desarrollar el sentido de la ciudadanía universal y el cuidado del hábitat humano para las futuras generaciones.⁸

5- Comprensión de esa dimensión pública de manera realista y contextualizada. En América Latina la universidad cristiana ignaciana se esfuerza en comprender las causas de por qué somos el continente de mayores contrastes entre pobres y ricos, por qué el subdesarrollo afecta a la mitad de la población que carece de trabajo digno, de educación de calidad, de sistema jurídico que los defienda.

6- Otro rasgo de la formación ignaciana es que se trata de una formación para la acción y en la acción; por eso incluye el aporte de los egresados a la sociedad, en la vida y en el ejercicio de su profesión. Por eso nuestra Universidad, institucionalmente y como un todo, tiene que ser una referencia nacional o continental de propuestas que van más allá de meras denuncias y diagnósticos, sino que aporta proposiciones prácticas de soluciones inclusivas.

7- Esto es lo que todavía tímidamente, impulsamos desde Ausjal y lo que va avanzando como identidad ignaciana de nuestra universidad en América Latina.(9).

NOTAS.

¹ En el caso de la Compañía de Jesús sus importantes centros educativos se apagaron casi medio siglo antes de las independencias debido a la expulsión de los jesuitas por los reyes de España (1767) y de Portugal (1759).

² Cfr. Carlos Mari, Crítica de la filosofía del Derecho.

³ Pío XI, Quadragesimo anno n. 88.

⁴ Pablo, Carta a los Romanos 7,15-18.

⁵ Como señalaba el veterano profesor norteamericano Amitai Etzioni a propósito de la crisis de la Enron, la ética apenas es tolerada por el “clima” intelectual de los grandes centros universitarios de formación para los negocios (Etzioni Amitai, artículo de Washington Post August 4, 2002).

⁶ Juan, Primera carta 4,1-40.

⁷ Marcos 2,27; 10,42 y Mateo 6,24.

⁸ CELAM documento de Aparecida n. 341.

⁹ Ver AUSJAL Desafíos de América Latina y Propuesta Educativa AUSJAL 1995.AUSJAL Plan Estratégico 2001

Notas con algunos énfasis estratégicos

En América Latina el gran reto de la universidad jesuita es combinar Fe y Razón, Fe y Justicia, Ciencia Justicia y Fe. Ciertamente no es posible tener éxito en la producción de soluciones sin asumir y combinar la racionalidad instrumental con los objetivos propios de la lucha por la justicia. Los hechos de dos siglos demuestran que para que esa alianza y combinación se produzca es necesaria la fe que afirma de manera radical e incondicional a toda persona humana y que afirma al Dios-Amor como único absoluto. Si en el corazón humano no vive este absoluto, será sustituido por otros absolutos que instrumentalizan y someten al hombre. Lo estamos viendo.

Queremos señalar algunos énfasis que consideramos importantes:

1-Liderazgos y multiplicadores

Los cambios necesarios en América Latina requieren liderazgos personales e institucionales. Es propio de la condición humana que unos pocos influyen, motivan y guían a las mayorías y que unas pocas instituciones innovadoras marcan el paso hacia los cambios deseados. En ese sentido la Compañía de Jesús sigue apostando a la estrategia de los liderazgos - como S. Ignacio quería-, pero ya no se trata de los príncipes de quienes tanto dependía la fe y los bienes y males de sus súbditos. Hoy los liderazgos son más plurales y variados y presentes en diversas áreas de actividad, en diversos sectores sociales y en actividades políticas expresamente referidas a lo público. Con frecuencia son más difusos los estados de opinión que se transmiten por los medios de comunicación social.

Los jesuitas influimos por lo que realizamos, pero mucho más por lo que inspiramos. Nuestras universidades necesitan ser más conscientes de la importancia de su capacidad de inspiración, más allá de lo que significa el número de nuestros estudiantes o del peso de la investigación en el total de la investigación. Nos entendemos como parte de otras universidades de inspiración cristiana y de muchas más que son laicas; para ello la comunicación es decisiva.

Tenemos programas concretos de liderazgo que ofrecemos a aquellos estudiantes que voluntariamente quieran y puedan asumir compromisos de liderazgo y también desarrollos institucionales que se multiplican e influyen por su capacidad de inspirar a otros. En sociedades tan divididas como las nuestras es importante el desarrollo sistemático de experiencias con los sectores de menores recursos y comprometidos en sus proyectos de superación y de cambio. Hemos desarrollado sistemáticamente el compromiso práctico y las experiencias de los estudiantes con los sectores de menores recursos reforzando sus proyectos y su empoderamiento.

2-Cultivo de lo público

En América Latina lo público cayó en desprestigio por su ineficiencia y corrupción y también se debilitó la vocación cristiana orientada a lo político. Sin embargo, es dramática la necesidad actual de enseñar a comprender la realidad, formular visiones de realidades sociales deseadas y necesarias y los modos de lograrlo; aprender el manejo de la dialéctica utopía-realidad, para no caer ni en la resignación, ni en el mesianismo frustrante por falta de capacitación para una acción pública eficiente; enseñar a conocerse internamente...

Aun en los que no tienen vocación política es necesario cultivar la responsabilidad social y pública de su profesión y actividad empresarial en la que se relacione la realización personal con el logro de una sociedad más justa que incluya como objetivo central la superación de la pobreza. El conocimiento racional, el ordenamiento de los afectos, la solidaridad y la acción dotada de inteligencia y de reflexión, son algunas características que se necesitan cultivar para los nuevos liderazgos.

3- No a la exclusión

Ni la exclusión individualista que lleva al “darwinismo social”, ni la exclusión con propuestas alternativas que pretenden superar el pasado excluyendo a los que excluían ayer.

No ignoramos que hay sectores y clases sociales que excluyen y somos conscientes de que la opresión y el resentimiento son motores para destruir lo que existe, sin embargo vemos históricamente cómo fracasan los intentos de construir con nuevas formas de exclusión y de venganza histórica. En este sentido vemos las limitaciones del enfoque de lucha de clases para producir alternativas y la necesidad de elaborar propuestas de cambio que superen el pasado con una nueva capacidad ética de sumar y multiplicar los sectores sociales ayer contrapuestos dentro del país e internacionalmente. Los intentos marxistas fracasados en los cinco continentes demuestran que la construcción de alternativas a la exclusión capitalista requiere una nueva capacidad de convocar a todos y usar todos los medios nacionales e internacionales al alcance de la humanidad.

¿Cómo hacer que los aportes de América Latina sean complementarios (en doble dirección con los de otros continentes, incluso de aquellos con quienes hay resentimiento porque en el pasado nos dominaron y despojaron? ¿Cómo hacer que los avances científicos, técnicos y económicos de otros continentes sirvan para potenciar a los que ayer oprimieron? Son preguntas que no solo son válidas para Vietnam o el Continente Africano, sino que América Latina parece atrapada porque agravios viejos y recientes condicionan las propuestas de soluciones futuras. ¿Cómo brindar inspiración y aprecio por ciertas dimensiones de la calidad de vida y de la convivencia presentes en países más pobres y que se han ido perdiendo en países de gran éxito y dominio de la racionalidad instrumental y del economicismo

triunfante? Preguntas de este estilo son también válidas para los diversos sectores dentro de cada país latinoamericano.

¿Cómo la universidad ignaciana se convierte en espacio y puente para el reconocimiento de las diversidades y complementariedades, entre los pobres y el mundo profesional y para impulsar las necesarias alianzas sociales? ¿Cómo visualizar juntos futuros humanos para cuyo logro es imprescindible superar los enfrentamientos del pasado y del presente con modelos de cooperación, de trasvase solidario de capacidades y de posibilidades constructivas para salir de la pobreza? ¿Qué tiene que ver con todos estos retos una universidad cuya inspiración cristiana al modo ignaciano cultiva al mismo tiempo la razón, el ordenamiento de los afectos, la presencia de la fe que actúa en el amor y trata de unir fe y razón y fe y justicia? ¿Cómo nuestra fe en el Dios gratuito y en la indispensable dimensión de gratuidad humana ayuda a unir la racionalidad instrumental y los objetivos de justicia social? ¿Cómo desde ahí contribuimos a corregir la lógica economicista y el utilitarismo individualista que marcha hacia el ecodidio, hacia la destrucción de la tierra como hábitat para la vida. ¿Cómo sustituir los atavismos de la guerra y las economías de guerra por la cultura de la solidaridad y la ciudadanía universal donde cuenten el sentido del bien compartido, del diálogo entre diferentes en raza religión, género... pero miembros y hermanos de una misma humanidad.

4- Común patrimonio espiritual e identidad

Finalmente estamos conscientes del pequeño número de jesuitas y del creciente de laicos y laicas en nuestra universidad; de ahí que no se trate de hacer más con menos jesuitas, sino de hacerlo de otra manera con una nueva relación con la identidad ignaciana. En nuestros centros educativos en América Latina trabajan aproximadamente 10 jesuitas por cada 1.000 laicos, hombres y mujeres. En poco tiempo la proporción será de 5 a 1.000. Esto no debe ser angustiante, sino la clave para hacer efectiva la manera de relacionarnos todos con la ignacianidad y entre nosotros en la común identidad de la universidad jesuita. Para fortalecerla y difundirla se requieren planes muy concretos e integrales de formación basados en los que ya existen, pero con decidida prioridad y presupuesto. Nos une un sentido fundamental de la identidad y misión de la universidad, de la antropología y de la espiritualidad cristiana que dan sentido a nuestras vidas y nos ayudan a comprender los rasgos fundamentales de la sociedad futura en libertad, paz y justicia y en la capacidad de responder al inmenso reto de transmitir y contagiar a las nuevas generaciones.

ABSTRACT

La “Universidad Jesuita” en América Latina cuenta hoy con una treintena de universidades desarrolladas en el marco obligado de una visión racionalista ilustrada (y de una cultura predominante) que pretende la suficiencia de la razón moderna y del individualismo para lograr el desarrollo humano pleno. La realidad en el siglo XXI es que en la sociedad latinoamericana sobresa de manera chocante la pobreza masiva y los contrastes entre ricos y pobres y la universidad racionalista no contribuye a resolver el problema. El tipo de racionalidad instrumental reductiva que se cultiva en la universidad y los intereses que prevalecen en la organización económica y política no tienen capacidad para transformar nuestra sociedad de exclusión y contribuir a adecuarla a las exigencias de la dignidad humana, a su sentido de vida y exigencia de justicia social.

Desde Ausjal hemos afirmado la necesidad de que en nuestras universidades se refuerce de modo explícito a) **la antropología cristiana basada en el Dios-Amor que afirma la dignidad humana, b) la espiritualidad cristiana al modo ignaciano que invita a salir de sí al encuentro del otro, a asumir lo público y sus instituciones como el modo más universal de multiplicar y difundir el bien y c) el cultivo de la razón y las ciencias instrumentales como medios imprescindibles de “ordenar” los poderes y haberes al servicio de la humanidad incluyendo especialmente los “pobres” y los excluidos de hoy.**

Por eso rechazamos las antinomias aparentes de Fe y Razón, Fe y Justicia. La historia más reciente de la Humanidad y de América Latina enseña que solas la Razón o la Justicia sin la Fe-Amor son incapaces de “ordenar los afectos” y de “ordenar” la economía y el poder del Estado y ponerlos al servicio de la

Humanidad. Más bien las racionalidades reductivas llevan a la eliminación del otro, al conflicto humano de intereses, a la destrucción de hábitat y a la no aceptación de las diversidades culturales, religiosas en un diálogo de mutuo reconocimiento y afirmación.

Reconocemos que no basta reconocer en nuestras universidades este énfasis específico de la Universidad de inspiración cristiana al modo ignaciano, sino que tenemos que desarrollar más los medios concretos para hacerlo realidad y experiencia vivida (no impuesta) por muchos profesores y estudiantes y afirmar como identidad y sello visible.